

han podido robar ese cuerpo? Escucha, escucha todavía un momento al adivino incircunciso, que va á completar en la tercera altura, su sentencia.

Conducido por el iracundo é implacable monarca moabita, á la cumbre del monte Fogor, que mira al desierto, es decir, volviendo precisamente la espalda al campamento de los israelitas, como tú te empeñas en volverlo, irracional é ilógicamente, á todas horas, á la verdad, á la tradición, á la historia, á la razón y al sentido común en último término, Balaam, que ya tiene de sobra la fe y la serenidad de ánimo que á ti desgraciadamente te falta, bendecirá última y solemnemente al pueblo de Dios, por más que no le vea en aquel momento con los ojos materiales de la carne; y sin apelar á ridículas y absurdas suposiciones y sin desmentir á los hechos consumados, autorizadamente transmitidos por el testimonio irrecusable de la tradición y de la historia, y sin ofender la santidad y la memoria de los primeros cristianos, y razonando siempre sobre el firme y estable fundamento de la omnipotencia de Dios, de su amor á María y de las excelencias y prerrogativas á que la hizo acreedora, no menos que su virtud, la grandeza de su misión sobre la tierra, oirás á Balaam, repito, como todos los días puedes oír á sus hijos, seducidos y engañados, violentados y obligados por ti, en mal hora, á maldecir á la bendita por el eterno, y le verás elevarse, como los antiguos filósofos, de la consideración de la belleza material á la meditación de la belleza y felicidad eterna.

Dijo el que oyó las palabras de Dios, el que vió la visión del Todopoderoso, el que cae y así son abiertos sus ojos: ¡Cuán hermosos son tus pabellones, Jacob, y tus tiendas, Israel! ¡como valles con bosques, como huertos de regadío junto á los ríos, como tiendas que fijó el Señor, como cedros cerca de las aguas! ¡correrá el agua de su arcaduz, y su descendencia será en muchas aguas!

Y todo esto lo dijo mirando al desierto, y al Egipto, de donde Dios había sacado á Israel de la esclavitud, en mano

fuerte y brazo extendido, usando la frase liberal del Santo Libro.

Basta, hermanos míos, basta ya; que me siento fatigado por emociones dulcísimas al subir al Fogor de lo alto, al monte de la Coronación de María, al Cielo, y se agolpan á mi mente, y quieren brotar, en tropel, de mis pobres y balbucientes labios, millares de páginas reveladas, que la Iglesia Madre y Maestra infalible de la verdad, consagra á esta Coronación divina: ¡qué pequeña y despreciable me parece la tierra, decía un santo cuando miró al cielo! ¡pero qué pequeño, y árido, y pedregoso, y pobre me parece este desierto y este Egipto del mundo de la esclavitud, y de la miseria, verdadero y sempiterno valle de lágrimas, cuando mirando ese cielo, lo contemplo en ese día dichoso: permitidme que os lo diga con sencilla, ingenua y acaso atrevida frase: Dios me parece más Dios, como el Cielo me parece más Cielo, como los ángeles me parecen más ángeles, y los santos me parecen más santos, cuando contemplo ese momento feliz para María, para ellos y para nosotros, para Dios mismo que la eleva; para el Padre que al coronarla, la apellida Hija querida; para el Hijo que la denomina Madre amada; para el Espíritu Santo que la confiesa su esposa.

Los ángeles preguntan: ¿Quién es ésta? los bienaventurados la atribuyen sus méritos todos; los venerables prisioneros del Limbo, la aclaman libertadora; las mujeres que la prefiguraron, la bendicen; los Profetas repiten sus vaticinios: David la canta de nuevo en su Salterio; Isaías en su bien templada cítara; el Profeta del dolor ha cambiado los acentos de su enlutada lira; los Mártires la ofrecen su sangre; los Confesores su fe; los Doctores su elocuencia; la Vírgenes, su castidad, de que Ella fué guía y gloriosa bandera; y todos gritan alborozados: *¡Quién es ésta que sube del desierto, como una emanación del incienso y todos los aromas, como la varilla de humo en el holocausto de la mujer de Manué, entre cuyos resplandores brilló el ángel que anunciaba al hombre de la fortaleza? ¿quién es, en fin, ésta mejor y más hermosa nazarena, que*

sube, colmada de delicias, y dulcemente reclinada en el seno de su amante Esposo y divino Hijo?

Abrid las puertas, principados del cielo, contestan otros; abrid esas eternas y dichosas puertas, forjadas en oro, incrustadas en diamantes, zafiros y topacios, esmeraldas y amatistas; franquead esos dinteles, que viene á entrar por ellas el Rey de la gloria. ¿Quién es ese Rey de la gloria? preguntan los encargados de las celestes llaves: ¿no estaba ya aquí desde la eternidad antes que nosotros fuésemos criaturas? y oyen contestar á su vez: *Abrid las puertas, vuestras puertas*, príncipes del cielo, levantad los rastrillos, haced rechinar rápidamente sus cerraduras; alzaos, puertas, puentes levadizos del cielo; que ese Rey de la gloria, es el Rey de las virtudes premiadas en la humanidad del Verbo encarnado en la naturaleza de Cristo-Hombre verdadero; no os detengáis, santos y fieles escuadrones: ¡en batalla, al frente de vuestras tiendas, como el antiguo bendito pueblo de Dios! que pasa vuestra Reina, en cuyo seno habitó nueve meses ese Señor de las virtudes, que premia las de esa Mujer con esta Coronación eterna!

Y tiembla el infierno, como Balac, y se vuelve por su camino, según la frase del texto sagrado, sin molestar, porque es impotente de todo punto para hacerlo, ni al Arca de la alianza nueva, ni á su campamento, ni al agorero convertido en Profeta de Dios; y el pueblo escogido le vence, y le arrolla, y pasa el Jordán, y hace caer las murallas de Jericó al sonido de las trompetas sacerdotales, porque Rahab, la buena, la compasiva, tipo y figura de la habitante en cuerpo y alma en la Ciudad de Dios, ha protegido á los exploradores, y les ha descolgado por el muro, y les invita á subir, como María desde las ventanías del Cielo, presentándoles el cordón de escarlata, su protección y su cariño, tejido entre sus dolores y teñido en la sangre que nos redimió, sacada de su casa, esto es, de su corazón purísimo.

Salve, bella Raquel, amante Rebeca, fortísima Judith, Esther libertadora; salve, hija dichosa de Joaquín y de Ana,

esposa castísima de José, descendiente de David, Madre de Jesús, sube al cielo, que has merecido, en cuerpo y alma, por tus virtudes, prerrogativas y excelencias; no olvides, Madre querida, al pueblo que sin cesar te pide agua en los desiertos de Sin; humilla á los enemigos de la Iglesia que son los tuyos; y después de conducir á este gran pueblo por las ásperas sendas de la vida, júntale un día por tribus y santos escuadrones en el Cielo.—Amén.

PLAN DEL SERMÓN DE LA ASUNCIÓN.

*Moriatur anima mea morte justorum..... Deus educit illum de Egipto.....
¡Quam pulchra tabernacula tua, Jacob,
et tentoria tua, Israel!*

Muera mi alma de la muerte de los justos..... Dios le sacó de Egipto.....
¡Cuan hermosos son tus pabellones,
Jacob, y tus tiendas, Israel!

(Núm., c. XXIII, vs. 10 y 22, y
c. XXIV, v. 5.)

Exordio. El Libro de los Números.—Síntesis de sus principales narraciones, hasta la muerte de María, hermana de Moisés.—Profecías y símbolos de la Madre de Dios en todas ellas.—Inmediata sed y milagrosas aguas, y admirable vara después de esa muerte.—El desierto de Sin, Cades y Jericó.—Aguas no interrumpidas ya en la tierra de Canaam.—El maná y la serpiente de bronce.—Avad, Og y Sehon, vencidos.—Balac espantado.—Balaam bendiciendo al pueblo de Dios.—Sus tres sentencias ó parábolas aplicadas al Misterio de la muerte, Asunción y Coronación de María en la división del texto.

Los modernos Balaam.—El Balac del protestantismo.—Los juicios de Dios.—La muerte de María, prueba de su santidad y excelentes especiales prerrogativas.—Subida de Balaam al monte de Baal.—Sus frases, al ver el campamento hebreo.—*Muera mi alma*

de la muerte de los justos.—Aplicación.—Los Balaam de todas las épocas, repitiendo estas palabras, asombrados ante la muerte de María.—Luego que muere la hermana de Moisés, comienza la sed, y vienen las aguas al contacto de la vara.—Luego que muere la Madre de Dios, sienten sed de verla los discípulos.—Tomás y su tardía llegada.—Sus lágrimas.—La apertura del Sepulcro.—No está ya allí.—Asunción.—María, en cuerpo y alma, al cielo.—Subida de Balaam al monte Fasga.—Sólo ve una parte del campamento.—Sólo ven los discípulos el resultado del milagro.—Le sacó del Egipto de la vida.—*Eduxit illum de Ægipto*.—Recuerdos al protestantismo, con la Biblia por base.—Sus ridículas y absurdas suposiciones.—Subida de Balaam al monte Fogor, dando vista al desierto, y espalda al campamento israelítico.—Ilustraciones de la fe, que ya no necesita ver, para bendecir.—Sus palabras.—¡Cuán hermosos son tus pabellones, Jacob, y tus tiendas, Israel!—Poética y bellísima descripción hecha por el adivino.—Furor de Balac, que no puede hacer que maldiga.—Coronación de María.—Aspecto especial del Cielo en ese acto.—Ángeles y bienaventurados de ambos Testamentos.—La humildad de María premiada por sus virtudes, como la de Jesucristo.—El infierno estremecido con esa victoria.—Balac se vuelve por su camino.—Súplica.

SERMON

DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN.

Fundamenta ejus in montibus sanctis.
Los cimientos de Ella, en los montes santos.

(Psalm. LXXXVI-1.º)

El Sagrado Libro de los Salmos, á la vez que es un bello escogido modelo de poesía y un resumen de los diferentes afectos que dominaban el ánimo del Profeta Rey, con relación á las distintas fases y circunstancias de su vida, es también, y antes que todo, el Libro más profético acaso entre los Sapienciales del Testamento Antiguo, porque encierra casi tantas significaciones de la realidad esperada, como versos, y tantos símbolos y figuras, como palabras.

Escrito por un dichoso y directo ascendiente de Aquél que debía sustituir, con su sacrificio y con su enseñanza, á los sacrificios y enseñanzas todas de la Ley, reemplazándola, según la breve, pero elocuente frase, de San Pablo, por la gracia, David, para usar otra del Santo Libro, bebía, más y mejor que todo el pueblo de las promesas y de las tradiciones, de la piedra espiritual que venía tras él, que era Cristo, pudiendo asegurarse de su persona, en aplicación de otro texto sagrado, que todo le acontecía en figura, y bien clara y detallada por cierto, de la realidad que ya columbraba su mente, que dirigía su pluma, que movía sus labios y su corazón, y que informaba todos sus escritos.